

La iglesia no puede hacer menos.

Albert Einstein, uno de los matemáticos y físicos más importante que ha vivido, nacido en Alemania, miró lentamente a su país, dejarse llevar por las palabras del dictador y fascista, Adolf Hitler. Cuando él comenzó a escuchar sus discursos de odio raciales, donde se proponía que los alemanes eran superiores a los demás, Einstein se preguntó si es que se levantaría alguien y se opondría a Hitler.

Él dijo: "Cuando el hitlerismo llegó a Alemania, yo esperaba que las universidades se opondrían a esas ideas tan dañinas. En su lugar las universidades, lo abrazaron. Tenía la esperanza de que los periódicos iban a denunciarlo, pero tampoco sucedió, en cambio aceptaron sus ideas y las pusieron en sus diarios, como si fueran los más nobles ideales. Einstein, vio que uno a uno líderes nacionales e instituciones que deberían de haber enfrentado unas ideas tan malas, se inclinaron dócilmente a su poder y autoridad. Solo una institución se levantó, su voz se oyó en las radios, en los pulpitos. Esa fue la iglesia cristiana confesante.

Einstein confesó: "Lo que una vez yo despreciaba y desvalorizaba, se levantó, pequeña y sin embargo fuerte, uso su voz para denunciar con mucha pasión y sangre. Ellos no solo no se unieron al movimiento nazista, sino que pagaron con su sangre.

El gran científico, admiro y amo a la iglesia por no permanecer en silencio." El compromiso de la Iglesia en pie contra el mal hizo una profunda impresión sobre Albert Einstein. Aquellos cristianos en la década de 1930 comprendieron el costo de pararse frente al monstruo y tratar de detenerlo, sus teólogos, sus pastores, los hermanos y hermanas de la iglesia confesante, empezaron una lucha donde su resistencia terminó en muerte. Hoy la iglesia está llamada a no hacer menos, contra todo lo que se presente como una verdad que destruya y rompa con la vida humana.